

La nueva aventura en el instituto

Laia, una chica de doce años de cabello rubio y ojos llenos de inteligencia, se encontraba ante un reto emocionante y a la vez inquietante: empezar el instituto. Después de varios años en primaria, llegaba una nueva etapa en un lugar más grande y desconocido.

Aunque parecía segura, tenía un nudo en el estómago que no conseguía deshacer. Le asustaba lo desconocido. No sabía si haría amigos ni cómo afrontaría las nuevas exigencias de las clases. Pero aquel miedo no la detuvo. Sabía que debía dar un paso adelante y descubrir ese nuevo mundo.

El primer día cruzó el patio con una mezcla de nervios y emoción. Observó a los demás estudiantes: algunos también estaban nerviosos; otros parecían tener una confianza inquebrantable. Se preguntaba cuál sería su lugar entre todos ellos.

Al entrar en el aula encontró caras nuevas y otras conocidas. Los profesores parecían amables y sus compañeros estaban tan expectantes como ella. Eligió un asiento junto a la ventana y respiró hondo, preparada para afrontar lo que viniera.

Durante los primeros días dio pequeños pasos para conocer gente. Compartió los recreos con otros estudiantes, participó en clase y empezó a entender la rutina del instituto. Poco a poco, el miedo se transformó en curiosidad e ilusión por lo que tenía por delante.

Con el tiempo se sintió más cómoda. Hizo amigos, aprendió a organizar sus clases y descubrió nuevas aficiones e intereses. El instituto, que al principio parecía tan desconocido e intimidante, se convirtió en un lugar de oportunidades y crecimiento.

Laia vivió aquella aventura con valor y determinación. Aprendió que, pese a los temores iniciales, cada reto podía ayudarla a crecer y descubrir nuevas facetas de sí misma. Así escribió el primer capítulo de esa emocionante etapa de su vida.